

MANUEL VICENT

**E**STA salsa está entre la política y la cultura, entre la literatura y la ética, cuatro sabores elaborados para paladares finos. Esa veta de la historia española que arranca con Julián Sanz del Río y sigue con Francisco Giner de los Ríos, Gumersindo Azcárate, Cossío, Joaquín Costa, Mallada, Picavea, Ganivet, generación del 98, Ortega y la revista España, intelectuales al servicio de la República, Manuel Azaña y el converso Dionisio Ridruejo salvado de las aguas del franquismo, como Moisés, en una cesta de juncos, ha aflorado de nuevo la cabeza en la persona de Francisco Fernández Ordóñez. Estos días se habla mucho de la creación de un Partido Radical alrededor de este personaje político. Algunos han pensado equivocadamente que este partido podría ser similar al italiano. Es una bestialidad. El Partido Radical italiano es un aglutinante de todas las formaciones residuales, marginales y extraparlamentarias y sería inimaginable que un señor tan refinado como Fernández Ordóñez fuera por la calle regalando preservativos a los padres de familia numerosa o dando alas a los homosexuales en los garitos del ambiente para que se realizaran. Otros han creído adivinar un radicalismo a la francesa, es decir, la socialdemocracia monda y lironda. O una ecología airada de los verdes germánicos que son todos rojos. Nada más gratuito.

Lo de Fernández Ordóñez no es más que un Salmerón un poco cabreado, una filosofía político-moral de retrato ovalado con un toque de vocabulario kennediano. O sea, la socialdemocracia española, convicta y confesa de UCD, chamuscada por el cerrillismo clerical, herida por el conservadurismo tosco, sentados en la misma bancada que trata de liberarse. Sucede que dentro de la derecha hay una gente fina y liberal, culta y educada, que se ha visto obligada a presentarse ante el público revuelta en una orla de candidatos con un pasado turbio, facineroso, reaccionario o fascista. Se trata de que las cosas queden claras. Lo primero es el buen nombre de la familia. Y de paso encontrar el famoso hueco entre la derecha de UCD y el socialismo marxista para estar preparado a la hora del recambio, a ver si en la metrópoli americana deciden apostar por esta estirpe de políticos que llevan en la corbata un toque de distinción.

El jueves de la semana pasada, bajo el perfume de esta salsa, Fernández Ordóñez presentó su libro *La España Necesaria* en el recinto de la FAE. Hubo una expectación inusitada. En este clima político de traspaso por derribo o de venta del negocio por no poder atender que preside la vida pública española la asistencia de clientela, el calor de las miradas, los aplausos fervientes y el hervor de las sonrisas



RAMÓN RODRÍGUEZ

Francisco Fernández Ordóñez.

## LA ESPAÑA NECESARIA

recordaban el ambiente de aquellas cenas predemocráticas a la sombra de la estaca de Arias Navarro donde te servían una tortilla a la paisana con sabor a gas lacrimógeno. Esto era como el restaurante El Bosque pero en fino, con un público muy botánico. Aquellos espacios destartados de los descampados de Cuatro Caminos, banquetes, bodas y comuniones, tomados por los barbudos rodeando a un líder llegado del exilio o emergido de las alcantarillas han pasado a la hemeroteca. Hoy el aburrimiento más desalmado se cieme sobre el omóplato del contribuyente político. Hay esparcido por ahí un tedio insoportable.

Pero he aquí que el salón del Fomento de las Artes era un espacio neoclásico escayolado, con cuatro cúpulas, mucho bajorrelieve con romanos de torso desnudo y clámide en los muslos, mucho campés sobre libro abierto, alguna espiga entre algún engranaje, luz indirecta color ponche, nada de colonia de garrafa, sino perfume de minoría selecta, todo abarrotado con dos mil personas con un aire de coleccionistas de coleópteros, botánicos, profesores herbolarios, lectores que han dejado un pétalo de lila disecada entre las páginas de

Juan Ramón Jiménez, mujeres de media edad con el pañuelo de seda natural y una dioptría gastada en la lectura de Ortega. Ya se sabe cual es la parroquia de Fernández Ordóñez. Desde el rojo de buena casa, que siempre ha comido bien, marxistas de piel tersa hasta el tipo de derechas con el cerebro algo elaborado y la duda en el ojal. No es necesario recitar nombres. Estaban todos los que usted se imagina.

La sala tenía un conglomerado de convención americana, un tinte de proclamación de candidato. La cubierta del libro ampliado en forma de gran panel colgaba de la pared del fondo y allí se veía la cabeza del héroe en escorzo, lo que se dice un toque kennediano, un marbete muy Nueva Frontera que pasa por el edificio de Semillas Selectas. Se inició el acto con unas palabras de Jesús de Polanco que presentó al presentador Justino de Azcárate. Cada uno de los tres estuvo en lo suyo. Polanco habló de la rentabilidad de las empresas culturales. Lo bueno, si rentable, dos veces bueno. Azcárate divagó en esa obvedad de la moral política, esas ideas de buen sonido, justicia y libertad que forman la aspiración más abstracta de las personas de buena familia. Recordó las palabras de Ridruejo: No hay hombre bien nacido que no sea socialista y liberal. Por supuesto, todos los que estaban en el salón era gente bien nacida. No habla más que mirar las caras.

Paco Fernández Ordóñez echó un discurso muy de su estilo. Culto, con citas sonoras, diagnósticos, remedios, recetas, utopías que debían ser realizadas, problemas patológicos y todo eso que rodea la antesala del quirófano. Una vez más, desde Sanz del Río, un político auscultaba el cuerpo de España tendido en la piedra y daba el parte médico con una sonoridad regeneracionista. Con abrazos, palmadas en las costillas y sonrisas terminó la sesión.

Hay que atreverse. Ese era el comentario genérico. Está demostrado que Fernández Ordóñez tiene un cierto clima alrededor de su imagen. Pero alguien decía que es un político con poca pegada. Habla muy bien, parece que se va a lanzar a la piscina, hace muchos gestos en el trampolín, pero no se decide a zambullirse en el agua. Agita un cotarro, mueve una expectación en torno a su figura, todos creen que esa vez será de veras y al final se ríe. El ambiente entre los suyos el otro día era de que a la tercera va la vencida, allí estaban todos para darle el último empujón, en un clima de fiesta predemocrática.

Mientras Fernández Ordóñez se decide o no se decide, después de oír palabras tan bellas y agradables un grupo de amigos nos fuimos a un pub a ver el futuro de España en el fondo de un cubalibre. ■